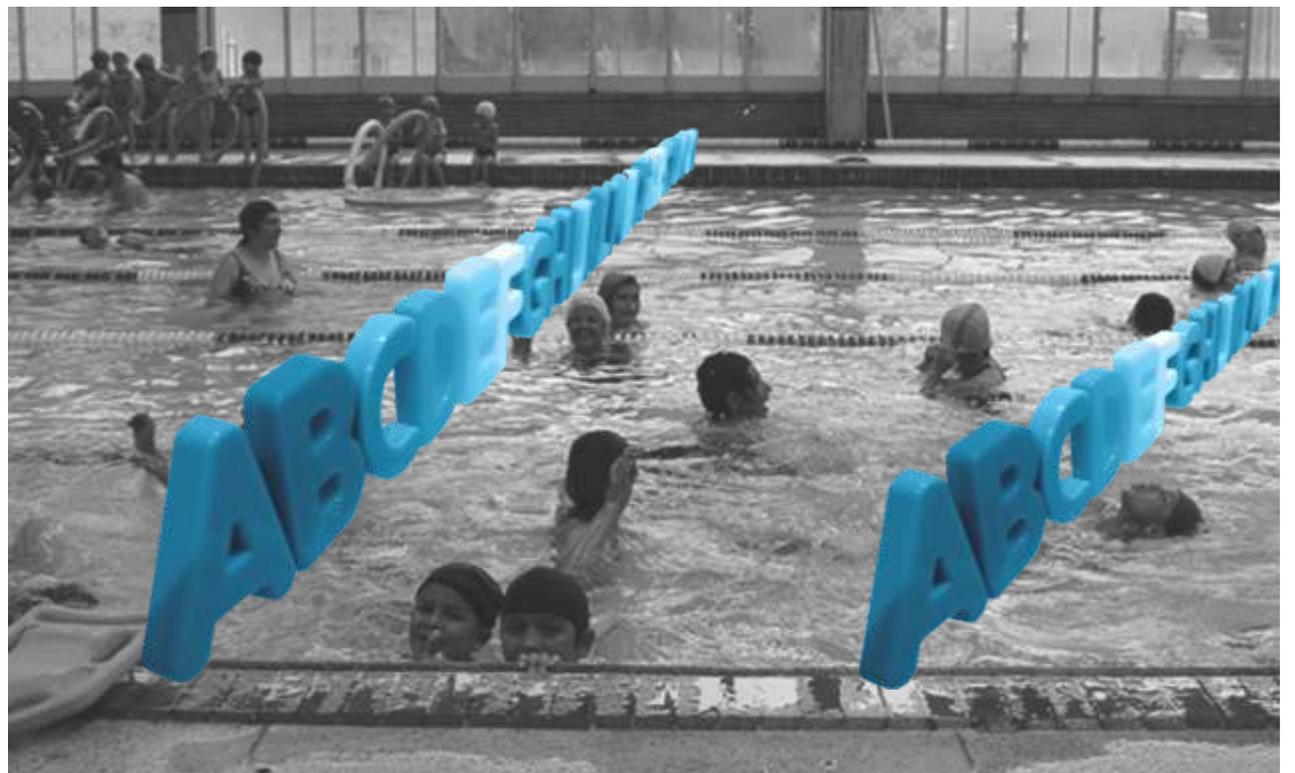




lente, coordinada de sí, rumbo hacia adentro. Y es ese no-lugar del cuerpo, la corporalidad misma sin presunción ni causa, la ruta única del arte verdadero en que puede encontrar su voz el cuerpo.

El cuerpo que es capaz del vínculo supremo del Arte, es un vaso en que germina el milagro irreflexivo de la forma, superficie sensible que el viento transparente, piel extensa anterior al don de la palabra. Hay, desde luego, otras poéticas del cuerpo que entrañan el golpe de la forja, el rigor de la disciplina, la sumisión al fuego en aras del portento. Allí el cuerpo es materia viva de una aspiración en cuya semblanza el alma se transfigura y asciende. El trono de Apolo es su conquista. Pero no es tampoco aquel el último confín del que el cuerpo es llave en lo sagrado, pues si bien podemos someternos al fuego en la fragua de la perfección, nos es lícito también embriagarnos con él en la fiesta de Dionisios y devenir con toda la humanidad un solo cuerpo, soma del todo...Dios.

El cuerpo es medio.  
De ahí su esencia política. Unidad de interacción y si se quiere de control que responde a las leyes de la física de campos y partículas ? no es ajeno al magnetismo, ni a la gravitación, ni a las asimetrías? , pero es indiscernible de una voluntad que a través de él se expresa y se proyecta.



Sí: el cuerpo es puente, hilo luminoso presagiado en las cábalas, capaz de enmendar viejas fisuras, no entre uno y lo mismo, sino entre varios que cantan al unísono o en la perfecta armonía de lo diverso que se reconoce, a plenitud cada parte, en lo absoluto. Y es juego de seducción que siempre prorrumpie en lo sagrado cuando hace poema en la caricia.

El cuerpo nos delata porque llevamos en él la impronta del entorno, como la piedra de río, aún entre un bolsillo, inevitablemente habla del agua. Pero también porque es estremecimiento, sensación, indicio de finitud, vector irremisible; es código del gran miedo y develación de la primordial naturaleza primigenia ? genética estelar, a un tiempo chispa y polvo? , pequeño brote temperado en el ciclón del tiempo y de los tiempos. Y ello lo convierte en don

iniciático, clave de las fuerzas, certeza que espejea proximidad o condicionamiento.

El cuerpo es medio. De ahí su esencia política. Unidad de interacción y si se quiere de control que responde a las leyes de la física de campos y partículas ? no es ajeno al magnetismo, ni a la gravitación, ni a las asimetrías? , pero es indiscernible de una voluntad que a través de él se expresa y se proyecta. La voluntad es el verbo del ser. La identidad la antecede. Acaso la identidad sea voluntad en potencia. El cuerpo es medio.

También es el cuerpo umbral de lo posible, atisbo de la libertad, forma y potencia que la voluntad moldea y transfigura, vórtice de comunión con la belleza...¡tacto!... pero así mismo es el eterno aquí mensurable que denuncia la distancia irrestricta del allá, lo otro. ¡Oh, sí, ansia y frontera! Imprescindible hito en el desarrollo sublime de un imaginario de cohabitación del mundo: canal de energías vitales, im-

prontas culturales, modos de sentir y de expresar que en su conjunto constituyen la red ontológica de significados y pulsiones con las que cada uno entra en el juego del ser -con- otros.

En el contexto formativo no puede desconocerse el cuerpo en su incesante caudal de revelaciones. La biología es don heredado, pero incitar el libre tránsito del aire que supone la coma psicológica del cuerpo, es quizá el gesto más fecundo para el conocimiento y el reconocimiento del otro en un ámbito no discursivo, al margen del tono dogmático o del artificio. Sondar la autoimagen, la proxémica, la kinestesia, la gestualidad, el nivel de consciencia del poder que entraña el cuerpo en tanto categoría vital, es probablemente la epistemología más orgánica de la alteridad.